

HISTORIA DE PASTORES



I

Estaban, pues, a la puerta de una hostería y casi al crepúsculo, en medio del infinito sosiego de los campos. Las dos jóvenes, más que trabajar, jugaban con sus husos; el otro muchacho se había acurrucado en los escalones de la entrada, y él, sobre el taburete, los miraba estarse allí con una displicencia que recién comenzaba

a inquietarse.

Decían y replicábanse las cosas más simples, las naderías de los jóvenes, las benditas generalidades que no pertenecen ni a éste ni a nadie: también él

había contribuido lo suyo de cuando en cuando. Encima de la puerta un ángel ciego asomaba la incorpórea cabeza por entre una nube de piedra blanda, y pensando que aquella debía llamarse sin duda la hostería = "del Angel", y que alguno de los otros trabajaría en ella, buscó una frase que le permitiera comprobarlo y diese a la vez por supuesto que estaba al tanto de todo.

"Y hablando de pan —interpuso—, jamás lo probé como en "El Angel" —e hizo un movimiento con la cabeza que lo mismo valía para señalar la casa que para un alivio del cansancio.

La joven que estaba de pie frente a él alzó los ojos al bajorrelieve y los bajó veloces a los suyos. "Así es —dijo luego de una pausa, en que pareció pensar su asentimiento—, no lo hay como el que allí se sirve".

Ahora bien: no había dicho "servimos", sino sirven, y aquel rápido ir y venir de los ojos, ¿no indicaba que ella también jugaba su propio juego con las mismas cartas? Los demás no habían dicho una palabra: la una se entretenía con el hilo; el otro en mirar, estólido, la tierra; y tanto podía ser que diesen por sabido el nombre de la hostería como que se deslizaran, inocentes, por la astuta vaguedad de los comen-

tarios. Y ahora sí que ya había para inquietarse.

Que estaba allí con aquellos tres jóvenes a la puerta de una hostería, en el crepúsculo, era cuanto sabía de sí mismo. Estar un joven entre jóvenes, conversar de nada a la caída de la tarde, he aquí cosas tan naturales que lo habían acunado, amansado, acostumbrado; la extrañeza no tenía allí cabida. Pero a poco entre las canciones y preferencias comenzó a bullir la incertidumbre de qué vendría después: lo de aquí y ahora ha de tener un trasfondo que lo acoja, un futuro reconocible que, consintiendo a las sollicitaciones de la memoria, le ofrezca un dón de para el incesante ejercicio de anonadarse; y a él le faltaba este sustento. Comenzó a sentir una sorda irritación ⁱⁿ⁻contra los otros tres; a envidiarles las cosas visibles y sólidas que seguramente los rodeaban —el hogar, la ocupación, el nombre. Y ahora uno de ellos revelaba, por el resquicio de la trampa, su propio y desconcertante vacío.

"¿Tienen ahí muchos huéspedes?" —preguntó cediendo a un repentino impulso del que se había arrepentido antes de completar la última palabra. Si la muchacha daba la suposición como buena, si aceptaba usurpar aquel destino que se le ofrecía, a qué riesgos iba a exponerse por una audacia que no era suya

propia? Quedaba al menos comprometida a entrar bajo la muestra del ángel, a aventurarse por sus quietos interiores sombríos. Pero ella no hizo más que mirar la silenciosa fachada y encogerse insolentemente de hombros.

"Yo voy a la ciudad, a casa de mis tíos —prosiguió atropellando las palabras, pues, como el nadador que ha vacilado largo rato a la orilla del = frío estanque, se precipitaba ahora hacia adelante con un ímpetu que venía desde la raíz de su alma— y con ellos permaneceré largos años, ayudándolos = en el almacén con las mercancías. He traído un asno conmigo —agregó señalando una arboleda cercana y porque dejarse llevar por la invención era ya un vértigo exhilarante—, pero aun así no sé si llegaré a tiempo".

Había dicho todo esto con los ojos bajos y trazando círculos con la punta del pie sobre la tierra, y en seguida levantó la vista a los otros. El breve espacio había bastado para que la joven de = las insolencias se alejase tan silenciosamente como una sombra: en aquel momento desaparecía por una esquina de la casa, de modo que apenas pudo percibir el vuelo rojo de su falda en la penumbra. En = cuanto a los otros dos, tenían fijos en él unos o-

jos grandes, quietos, bovinos, en los que asomaba una oscura desesperanza y envidia.

Se puso de pie, miró largamente los vacíos ojos del ángel de piedra, y a poco la noche, que estaba a guardándolo bajo las frondas de la arboleda, se cerraba sobre él con un frío rumor de aguas. En medio de la tiniebla acechaban inmóviles dos puntos luminosos: con un estremecimiento pasó la mano sobre la áspera pelambre del asno que había inventado.

II

Por fin decidió detenerse en la granja. En torno a la remota aguja de la iglesia se agruparían los tejados aun invisibles en el declive de la infinita pradera, y no había duda de que podría alcanzarlos antes de que cerrase definitivamente la noche; pero decidió detenerse en la granja.

Ató el asno a una columna del soportal y contempló el mudo lienzo de piedra que dividía la soledad de afuera y el viviente enigma de adentro. Acariciando con la mano la rugosa y fría piel echó a andar y dobló la esquina. Se encontró ante una inmensa fachada sin otro alivio que el minúsculo arco de una puer

ta. El sol poniente lo sumergía todo en una ligera transparencia de oro.

Tocó con exagerada timidez, qué suavemente, pero la puerta se abrió en seguida. Desde la penumbra lo contemplaban los ojos dorados, impasibles, de una joven extrañamente bella. El pelo rubio se apartaba tenso del óvalo perfecto de la cara, y al hacerse a un lado para dejarlo pasar quedó envuelta en el curioso relumbre del poniente. "Soy...-co-



menzó el. Y: "te esperábamos", dijo ella, en una voz profunda y dulce.

Adentro había un vasto espacio vacío, del que apenas se entreveían las altas vigas del techo. La

pared de la izquierda, sin embargo, aparecía recubierta de estrechas galerías de madera, que ascendían en sucesivas filas hasta perderse en la sombra. Tomándolo de la mano, la joven subió a la primera de aquellas galerías. A medida que avanzaban iban dejando atrás innumerables puertecillas negras. Una luz mortecina, difusa, permitía distinguir los detalles de la alucinante geografía de las paredes: grietas como los cauces de antiguos ríos; algún desconchado mugriento como el lecho de un minúsculo mar definitivamente muerto. La joven se detuvo a poco junto a una de las puertas, volviéndose para mirarlo.

"¿Estás seguro de que quieres entrar?" -le dijo, acechándolo desde una impenetrable tristeza. Y, de pronto, sintió él un miedo aplastante, enorme, que la joven pareció aprovechar para empujar bruscamente la puerta.

La pequeña abertura reveló un cuadrado de oro en fusión, deslumbrante, en cuyo centro, como tallada en fuego, había una mujer sentada, inmóvil, contemplándolo con sus fríos ojos dorados. No pudo verla sino un instante, pues todo su ser habíase hecho atrás con un impulso irrefrenable. En segui-

da, no supo cómo, se halló corriendo a través del silencioso crepúsculo.

Montó de un salto en el asno, un extraño, colérico zumbar a sus espaldas; pero la bestia estaba como paralizada de miedo. Abandonándola, se precipitó hacia los árboles.

Un bramido de ciega angustia lo detuvo: su asno aparecía envuelto en una nube de diminutos carbunclos de oro. Y no tardó mucho en deshacerse entre los aires otra vez tranquilos.

III

Derrumbado sobre una roca en medio del silencio enorme, habíase decidido ahora fanáticamente por la verdad escueta: nada de ambigüedades ni de medias tintas, sino el puro horror de su incertidumbre; ahora no iba a saber nada de veras. Y entonces vio venir hacia él una criatura deplorable, trágica.

Andaba trabajosamente, bamboleándose al peso de su monstruosa cabeza, hecha de una gran muela de molino, y traía otra bajo el brazo, exceso que hacía su

presencia aun más intolerable. El campo, imparcial, los soportaba a los dos con una misma frialdad -a él y a aquello. Una voz bronca, oscura y falsa, le dio las buenas tardes, comentó sobre la delicia del tiempo y le preguntó si acaso iba de paseo.

Al principio la sorpresa le quitó el habla; pero pronto el renacor le dio en cambio = la indiferencia necesaria para el dominio de sí mismo. ¿Era aquello

acaso más absurdo que su simple estar donde estaba, sin esperanza ni memoria? Un sueño detrás, otro delante, y en el medio el punto que es donde está uno. Si nos quitan el primer sueño, ¿de qué haremos el segundo? Y si nos quitan los dos no queda más que el punto, que es apenas nada. Tener una cabeza de hie-



ro o de piedra no será nunca ni más ni menos extraño que tenerla de carne, tener mil téntáculos o cien ojos ávidos. Las granulaciones de la rueda estaban ahora como atentas a su silencio. En un argumento final vino un perro a lamerle la mano.

"Decía que debo llevar esta muela hasta el molino —dijo la voz gruesa, ~~y honda~~, como si reanudase un discurso pacientemente, viendo que podía al fin contar con su atención—, y puesto que me va cansando— y la señalaba con un dedo fino y pálido—pensé que quizás quisieras ganarte unos cuartos cargándola el trecho que falta. ¿Tú sabes, claro, donde está el molino?"

"No sólo no lo sé — contestó él marcando bien cada palabra—sino que ni siquiera sé dónde estoy y apenas de dónde vengo. Y además —añadió bruscamente—, ¿cuál?"

"¡Esta!" —bramó el otro, y alzando la muela con los dos brazos, se la arrojó con todas sus fuerzas.

Pudo salvarse porque, impulsándose con los talones contra la roca, el miedo lo lanzó también al vacío. Se levantó de un brinco y vio que la pesada muela le había roto el espinazo al perro. Aquel cuerpo vivo hacía un momento desde el húmedo hocico a la pun

ta de la inquieta cola, no era ya sino un paciente amasijo. El molinero permanecía inmóvil, oscilante la cabeza monstruosa, lívido el estúpido círculo de piedra.

Echó a andar despacio, deliberadamente, sin que le importase poco ni mucho lo que hiciese su enemigo. Cuando ya estaba muy lejos oyó la apagada, bronca voz que gritaba: "¡Extranjero! Cabeza de cerdo, maldito!" Ajustándose el sombrero, sonrió un poco y apretó el paso.

IV

No era muy grande el río, ni muy profundo, pero en cambio sus aguas corrían entre orillas tan precisas como variadas. Un



alto puente de piedra lo cruzaba a lo lejos, y detrás veíase la aguda aguja de una iglesia y las torres y tejados de alguna pequeña ciudad campesina. Ya apretaba el frío.

De entre los juncos de la ribera salió un hermoso conejo que fue derecho hasta sus mismos pies. Le olisqueó los zapatos, temblando, y él se inclinó a recogerlo y lo envolvió en el capote para darle calor. Estaba acariciándolo cuando una voz llamó a su espalda. Clara, tranquila, la voz era ya toda la remota dulzura de la jovencita que estaba allí con los brazos extendidos. "¡Es mi conejo! -decía—. ¿Dónde lo encontraste?"

"En la ribera"—contestó él, reteniendo al animalillo impaciente para demorar aun su visión de aquella vida frágil, conmovedoramente ceñida a las muñecas delicadas, los dedos esbeltos, los rasgos anhelantes y lejanos entre la travesura del pelo. "Lo salvé de un lobo grande, negro y perfecto como una gran mentira".

Ella lo miró de un ~~gesto~~ breve reojo, mientras besaba el lomo del conejo. "¿Quién eres?"—preguntó en voz baja. "Un pastor" —fue la rápida respuesta. "¿Y dónde están tus ovejas?" "Son cinco—re

puso él—, pero se han perdido. Una quería mirarlo todo, otra probar todas las delicias del campo, y otra todos sus aromas; la cuarta no se contentaba sino con oír el canto de todos los pájaros del mundo". "¿Y la quinta?"—dijo ella. "La quinta era negra —contestó él—, y la más traviesa de todas".

"Un buen pastor —dijo en aquel momento un viejo gigantesco que apareció sorpresivamente de la parte del río, chorreando agua por las lanudas pollainas como si lo hubiese vadeado— un buen pastor no deja nunca a sus ovejas de la mano". "¡Padre-exclamó la muchacha, mostrándole el conejo—, mira, él lo salvó de los lobos!" Y el viejo lo acechó sonriendo entre las barbas blancas: "Yo necesito un pastor. Si quieres, puedes quedarte".

"Señor —contestó él, sonriendo a su vez—, tú bien sabes que apenas soy un mal hacedor de mentiras. No tengo casa ni nombre, y ni siquiera sé de donde vengo".

"Ella tampoco —dijo el viejo, rodeando con el brazo los hombros de su hija—. El nombre se lo dio su madre. Y en cuanto a quién sea y de dónde venga, no sabe más que lo que le hemos dicho".

En ese instante, menudas, doradas, comenzaron a volar las remotas campanas. "En el principio hay siempre un cuento —dijo el viejo— y en el final hay otro. El resto es la espera".

Y con un grave ademán lo invitó a seguirlos hacia la ciudad en calma, en la que empezaban a humear las chimeneas,